



XVI DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO*

Luis Fernando Crespo

No olviden leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Génesis 18,1-10a; Colosenses 1,24-28; Lucas 10,38-42

Este domingo continuamos la lectura del evangelio de Lucas y de la Carta a los Colosenses. El texto de la primera lectura, en esta oportunidad tomada del Génesis, se elige pensando en alguna relación -en este caso no tan evidente- con el evangelio. Nos presenta la descripción de una teofanía –manifestación de Dios-: “Se le apareció Yahvé en la encina de Mambré estando él (Abrahán) sentado a la puerta de su tienda en lo más caluroso de día”. Se elogia la hospitalidad de Abrahán a los tres misteriosos personajes, en los que se concreta la frase inicial (“Se le apareció Yahvé”). En el relato los personajes se expresan indistintamente unas veces en plural, otra en singular. Llama la atención que la persona elogiada es Abrahán, pero cuenta con la colaboración de Sara, su mujer y de un mozo, que realizan las tareas para el agasajo de los visitantes. Los tres visitantes que vienen de camino le anuncian a Abrahán que su mujer, ya en edad avanzada para la maternidad, va a tener un hijo. Sara, sentada a la puerta de su tienda, escucha y se ríe, aunque, descubierta por los visitantes, pretenda negarlo. Ya antes se había reído Abrahán ante semejante anuncio. (Gn. 17,17). Su risa, expresión de su conciencia sobre su propia realidad y la de su marido, no cuenta con la iniciativa de Dios para llevar adelante la historia de salvación; desmentida luego por su embarazo, dejará constancia en el nombre impuesto a su hijo: Isaac, que significa algo así como que “Dios le sonría” o sea benévolo con él. Con el cumplimiento de la promesa del hijo, Sara encontrará un nuevo sentido, de alegría y agradecimiento, a su risa: “Dios me ha dado de qué reír; todo el que lo oiga reirá conmigo” (Gn. 21,6), participará de mi alegría por lo que Dios ha hecho en mí. Con una sonrisa muchas veces pretendemos esconder una nota de desconfianza o escepticismo inicial ante una propuesta cuyo cumplimiento parece desbordarnos; luego, su cumplimiento nos hace reír y compartirlo de alegría. Nos invita a no dejarnos paralizar por una primera reacción de resistencia ante lo no programado y entregarnos con confianza ante nuevos retos y propuestas que se nos ofrecen.

La escena, “teofanía” o manifestación del Señor a Abrahán en los tres personajes que se acercan a su tienda, ha sido interpretada como una imagen anticipada de la Trinidad cristiana y ha inspirado hermosos íconos como el de Andrei Rublev, que

* Ciclo C.

incluyo para que lo aprecien y disfruten. Son tres figuras celestiales, con el mismo rostro y vestiduras con distintos colores, pero con un fondo celeste común a los tres. Junto a la figura central se deja ver un arbusto que recuerda la encina de Mambré.

El evangelio habla también de un visitante, Jesús, que se presenta inesperadamente a dos mujeres: Marta y María, que lo recibieron en su casa. Está en camino hacia Jerusalén (recuerden Lc, 9,51) con los discípulos: “Yendo ellos de camino entró en un pueblo”. Se entiende que con los que le seguían, un buen grupo de hombres y de mujeres. No se menciona el nombre del pueblo, que por el evangelio de Juan sabemos que era Betania; ni a otros familiares. También por Juan conocemos que tenían un hermano llamado Lázaro y que era buen amigo de Jesús (Jn. 11,1-4).

Podemos imaginar la escena que se presenta: María en actitud propia de discípula “sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra” y Marta empeñada en atender bien al grupo que recién había llegado con Jesús: quizá ir a hacer compras, preparar los alimentos, acondicionar la sala y la mesa para el almuerzo, cien cosas en las que ocuparse. Marta se siente desbordada, enojada mira a su hermana, que disfruta escuchando al Maestro. Ya no da más, y dirigiéndose a Jesús “al fin se paró y dijo: no te importa que mi hermana me deje sola en el trabajo. Dile, pues, que me ayude”. Es un reproche a su hermana e indirectamente a Jesús mismo. Una muestra de gran confianza y libertad para dirigirse a Jesús, y buen ejemplo para nuestras oraciones y las de la liturgia, a veces tan esquematizadas y respetuosas. En la situación el reclamo de Marta parece justificado.

La respuesta de Jesús, sin duda dicha con cariño, expresado en la reiteración de su nombre, está llena de comprensión, pero conlleva también una advertencia: “Marta, Marta, te preocupas y agitas por muchas cosas”, que por supuesto en esa situación eran necesarias. El problema no radica en que las hagas; son necesarias para el bienestar de las otras personas (recordemos el final de la parábola del samaritano: “vete y haz tú lo mismo”), sino en que “te agitas”, pierdes la paz como si fuera lo único importante, te agotas sin dejarte tiempo para lo que realmente da sentido y plenitud a tu vida. Continúa Jesús, diciéndole a Marta: “y hay necesidad de pocas, o mejor, de una sola”. Hay una cuestión de prioridad englobante; es decir, reconocer que hay algo que es “primero”: no lo único importante, pero sí que da sentido y aliento a las otras actividades y preocupaciones. “Busquen primero el Reino de Dios y su justicia y todas esas cosas (el alimento, el vestido) se les darán por añadidura” (Mt. 6,33; Lc. 12,31). Con razón en el Padrenuestro, después de enseñarnos a pedir “que tu Reino venga” –lo primero-, nos urge a rogar por “el pan nuestro de cada día” y las buenas relaciones mutuas –el perdón que libera y hermana-. El Reino viene en el pan compartido para todos y en la paz que es fruto de la justicia: pan y paz urgencias mayores en nuestros días.

“María ha elegido la mejor parte, que no le será quitada”. Lucas lo había descrito con precisión: “sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra”, en actitud propia de “discípula”, condición que en aquel tiempo estaba reservada a los discípulos varones. María es una pionera, rompiendo una tradición respetada por los Maestros de la ley. Jesús la elogia y propone como modelo de discipulado. No es la única vez que el

evangelio de Lucas recuerda cómo Jesús propone la actitud de escucha de la Palabra como criterio de discipulado: “Mi madre y mis hermanos son aquellos que escuchan la palabra de Dios y la cumplen” (Lc. 8,21). De igual manera, al grito de una mujer que proclamaba dichosa a la madre de Jesús: “Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron”, él respondió sin ningún menosprecio por ella: “Dichosos más bien los que oyen la palabra de Dios y la guardan” (Lc. 11,27-28). La “escucha” auténtica conlleva la puesta en práctica de la palabra, justo lo que había reconocido en el samaritano de la parábola.

Marta y María no son, pues, dos modelos contrapuestos, alternativos, de vivir el discipulado, son más bien dos aspectos que mutuamente se inspiran y reclaman. La palabra de Jesús llama al amor a quien se halla en situación de necesidad; el servicio, y la ayuda al necesitado nos permiten encontrar en él al Señor mismo. Hay estilos y modos diversos de vivir el seguimiento de Jesús, poniendo el acento en uno u otro aspecto, pero no es más que eso: un acento, que no ha de dejar de lado al otro. Para la mayoría de nosotros, más empeñados en el afán de la actividad, nos viene bien la amonestación de Jesús a Marta para que demos tiempo a la “escucha de su palabra”, sosegada y atenta, y a “cumplirla”, en la preocupación solidaria y efectiva por la vida de los demás. La dimensión contemplativa y orante es primera -no necesariamente en orden cronológico-, pero reclama, si es auténtica, la segunda, que, según el texto paralelo en Mateo, es “semejante”: la preocupación y acción por la vida de los demás.

En la carta a los Colosenses Pablo se muestra en sintonía profunda con la enseñanza de Jesús. Su actividad incansable en el anuncio del evangelio le ha traído persecuciones y sufrimiento “por ustedes”, pero lo lleva con alegría, se siente íntimamente unido a la persona de Cristo, a sus fatigas y sufrimientos. Se reconoce “ministro, conforme a la misión que Dios me concedió en orden a ustedes” para anunciar el misterio del amor de Dios a los gentiles, no sólo a los judíos. Pienso que es también la misión que hoy nos encomienda: dar a conocer que el amor de Dios es realmente universal, sin discriminaciones, que no se agota en el ámbito de los cristianos, que todo ser humano, por el solo hecho de serlo, es amado de Dios y por tanto digno de toda consideración y derechos. Anunciarlo, viviéndolo y dando razón de ello, también trae incompreensión y en muchos casos persecución. Como diría Pablo, significa prolongar y “completar lo que falta a las tribulaciones de Cristo en mi carne”. Es el testimonio en América Latina de tantas y tantos mártires que “perdieron su vida por mí y por el evangelio” (Mc.8,35).